

ca de mil mujeres, griegas, georgianas, circasianas, blancas y negras. Véanse vagar por los patios una multitud de gacelas y pájaros extraños; y en los jardines el color rojo del geranio, que tiene la proporción de un arbusto, contrasta con el fruto de oro de los naranjos.

Pero volvamos á Túnez: muchas horas antes de ponerse el sol, se cierran todas las tiendas y cesa todo el ruido, cerrándose también las casas luego que cae la noche. Nadie recorre entonces las calles, á no ser los extranjeros, precedidos de linternas.

Las casas no tienen regularmente más de la plan-

ta baja, y poco más ó menos todas son lo mismo: un cuadrado, en cuyo centro hay un patio. Todos los aposentos están dispuestos en derredor de este patio (*pateo*) cubierto con un toldo que protege á los habitantes contra los rayos del sol; una escalera conduce de la galería á la azotea.

En el verano suben por la noche las familias á estas azoteas para tomar el fresco, gozando á la vez el espectáculo del cielo estrellado. Aquí se toma el café y se fuma. De vez en cuando oía yo desde la de mi huésped lejanos sonidos que se perdían en el aire, y aun creía oír alguna vagorosa melodía. Era un pas-



Calle cubierta en la ciudad alta.

torcillo que bajaba en aquel momento de la montaña: su ganado venía delante, su perro detrás, mientras que el hijo del desierto, sentado con indolencia en su dromedario cantaba alguna canción que los viejos pastores le enseñaran.

Casi todas las casas tienen cisternas donde se reúnen y guardan las aguas llovedizas, únicas de que se sirven los tunecinos para el consumo doméstico.

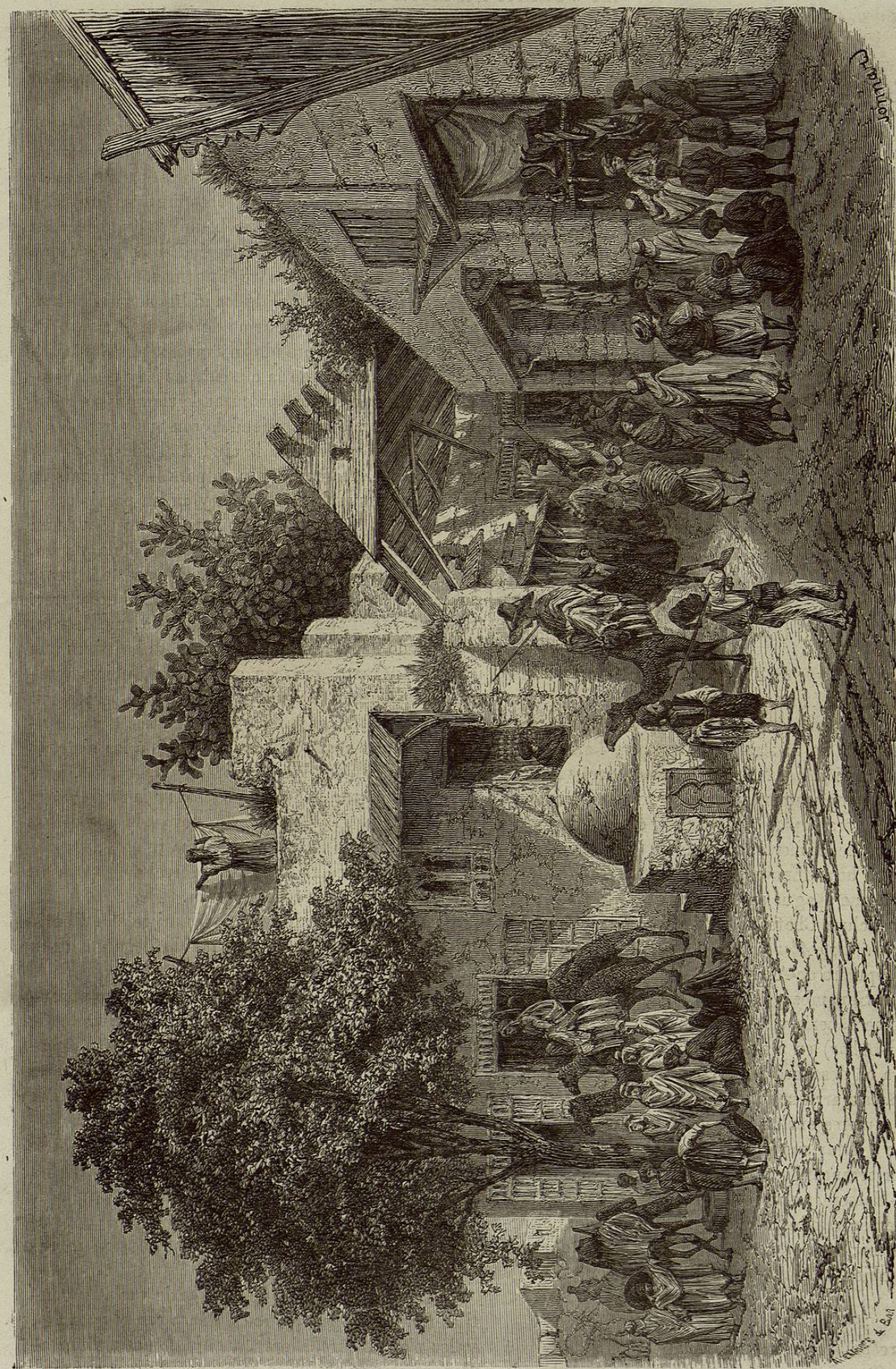
Casas de campo.

En Túnez, durante los grandes calores de junio, julio y agosto, el termómetro marca á la sombra de 24 á 30°. Entonces los tunecinos acomodados se retiran al campo, donde encuentran delicioso fresco á la sombra de frondosos lentiscos, granados, limoneros y naranjos. A veces hay que pagar muy caro este

placer: los caminos no son muy seguros, y aun en las quintas es preciso tener siempre las armas al alcance de la mano.

Por medio de norias se saca agua abundante para regar los arbustos y las flores. Con ninguna imagen retórica se puede dar idea de tan encantadores oasis: algunas veces he pasado horas enteras á la sombra de los árboles sin oír un sonido, un murmullo, un ruido; apenas las alas de los pájaros hendían las gasas del viento, y algún perdido trino alteraba aquel silencio profundo, insistente, pero poético.

Los habitantes de estas quintas reciben á los pasajeros con la más sencilla y cordial franqueza. No es menester conocerlos: no hay más que presentarse á la puerta. Al punto se le hace entrar ofreciéndole asiento en un diván rodeado de plátanos y macetas, y dándole á fumar el *kalumet de paz*.



Un bazar en Túnez.

Las fiestas.

Solo á medias se conocería á los tunecinos, si no se hubieran presenciado sus fiestas. Yo he asistido á la del primer día del mes de *schawal* que llaman *Aid-el-esrir* ó el pequeño *bairam*. Me despertaron las salvas de artillería, y me levanté apresuradamente. Las calles estaban ya llenas de musulmanes engalanados con sus mejores trajes y animados del mas ostensible júbilo; porque este día es preciso parecer alegres, aunque haya motivos privados para estar tristes: una cara de pena durante el *aid-el-esrir*, acusaría al creyente de impiedad. Los mas graves mahometanos saltaban al cuello de los otros, abrazándose como hermanos; las plazas públicas estaban animadas por la alegre multitud entretenida en toda clase de juegos, y los refrescos circulaban por todas partes.

Entre las otras fiestas, celébrase tambien con gran solemnidad el *Muled*, aniversario del nacimiento de Mahoma, y las noches del mes de *Ramadan*, que han sido muchas veces descritas. La recepcion del firman de investidura, enviado al bey por el sultan, es tambien ocasion de diversiones públicas.

Los cementerios.

«Cuando se sale de Túnez por la parte que conduce á las ruinas de Cartago, se halla un cementerio mahometano. En uno de sus ángulos, y bajo una palmera, se me ha mostrado un sepulcro llamado del último Abencerraje. No tiene nada de particular: la lápida es completamente lisa: solo se ve en medio de ella una ligera depresion hecha con el cincel segun la costumbre de los moros. El agua de la lluvia se recoge en este hoyo fúnebre, y sirve en un clima abrasador para que apague su sed el ave del cielo.»

Asi concluye Chateaubriand su leyenda de las *aventuras del último Abencerraje*. Yo hubiera querido hallar el sepulcro de Aben-Hamet; pero lo he buscado en vano. Sin embargo, un viajero que me ha precedido, cree haberlo visto no lejos de la puerta del mar (Bab-el-Bahar) en un cementerio musulmánico: la palmera ha desaparecido; el sepulcro rodeado de jardín está casi arruinado.

Las mujeres suelen ir á los cementerios en gran número á llorar sus amores perdidos, y demuestran su dolor arrancándose los cabellos. El cementerio de Sidi-el-Hassen es el mas visitado por ellas.

El cementerio judío se conserva con piadoso esmero: sus sepulcros están blanqueados con cal; algunos hay tambien de mármol.

La camilla.

He recibido esta tarde una carta que me invita á ir á la *Camilla*, residencia del cónsul general en la

Marsa, y me preparo á partir. Un *cawas* del consulado tiene orden de acompañarme. Tomo mi saco, mi quitasol y mi carabina y hénos ya en el poético camino de Cartago.

Pasamos por hondas vias, tan estrechas que apenas cabe el caballo: mas lejos tenemos que cortar el ramaje de las higueras de Berbería para abrírnos paso, ó saltar por cima de cuerpos muertos, abandonados adrede tal vez por los beduinos que acampan á pocas millas del bosque; vecindad peligrosa que obliga á estar siempre sobre las armas.

No quiero hablar mal de los indígenas ni dar á su alteza derecho para acusarme de calumnia; pero en todos los países del mundo hay malhechores, y aqui, á la misma entrada de la ciudad, los hay verdaderamente en abundancia, procurando siempre sorprender al pasajero ó persiguiéndolo con sus perros.

Una tarde volvía yo á la ciudad al ponerse el sol; iba solo y faltábame muy poco para llegar á raiz de la muralla, cuando de repente y en un paraje oscuro, se lanzan azuzados veinte perros á los pies de mi caballo que se inquieta, se encabrita, bufa y gira. Saqué entonces mi revolver, disparé acertadamente sobre uno de ellos y espoleando al animal desaparecí rápidamente. Lejos ya de la emboscada, me detuve, y mirando hácia atrás, pude ver á los beduinos que en gran número gritaban como si yo hubiera querido asesinarlos. Era un cambio de papeles: si yo hubiera caido del caballo, á mí me habria tocado gritar y en vano acaso. El día siguiente á las siete de la mañana, volviendo á la residencia del cónsul, pasé por el mismo paraje con la escopeta en la mano; pero no ví mas que el perro muerto, devorado ya por sus compañeros: solo la cabeza quedaba intacta; los roídos huesos aparecian dispersos á derecha é izquierda. Los beduinos no me esperaban ya.

Esta digresion ha interrumpido mi relato. Continuemos. Mi viaje fue corto y rápido llegando al fin de la jornada antes de la noche.

La residencia la *Camilla* en la Marsa, es encantadora. Entrase á un inmenso jardín cubierto de palmeras: sigue una gran calle de sicomoros, granados y plátanos; despues se penetra por una puerta baja decorada de finos arabescos, en un corredor donde una media tinta deja entrever algunas inscripciones árabes pintadas con azul y oro; á la estrechidad hay tres escaleras que dan paso á un gran patio embaldosado de mármol; en medio un salto de agua cae graciosamente en regadera sobre las plantas acuáticas que se sumergen á medias en un remanso octógono.

El patio está rodeado de árboles de varias y gentiles formas: el jazminero se enlaza con el granado, y las plantas enredaderas, alzándose hasta el terraplen, ofrecen en profusion bellísimas y diversas flores.

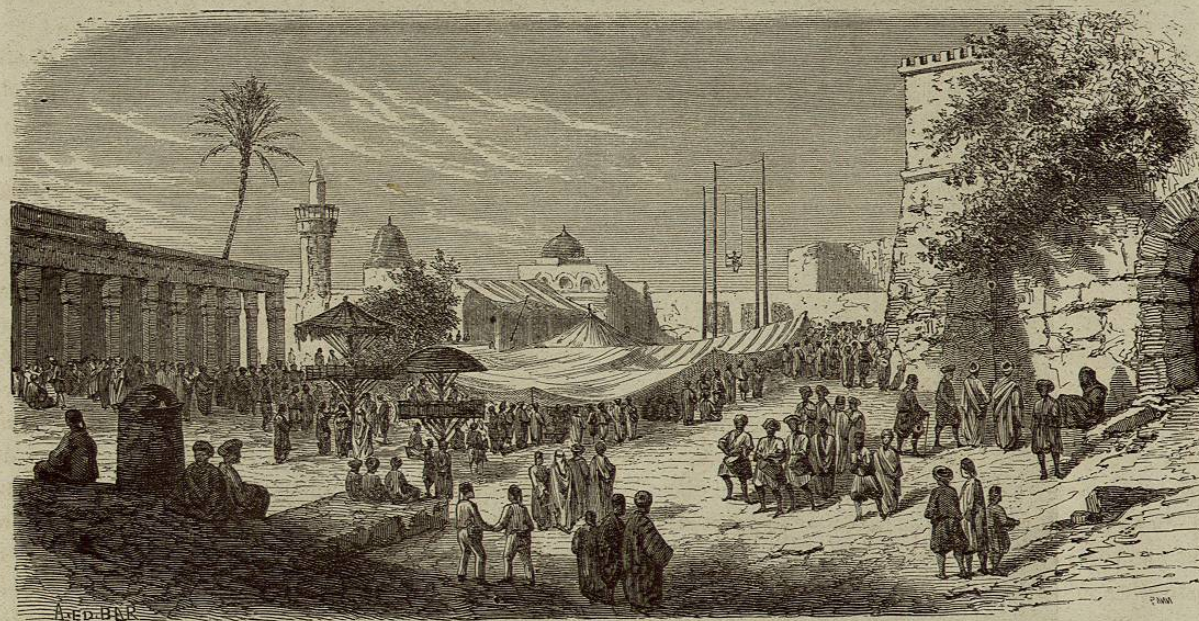
A la derecha, segun se entra, un gracioso peristilo conduce á un gran vestibulo abierto, guarnecido de nichos. Aparadores de brillantes matices imitan flores, plantas y mezquitas: un divan completa la decoracion de este vestibulo, donde se viene despues de comer á tomar el fresco. A cada lado se abren unas puertas guarnecidas de tapicerías tejidas en el país. Descúbrese en el fondo algunas panoplias y el salon pavimentado de mármol, donde otro salto de agua llena una gran taza de pórfido. Las paredes están pintadas, alegrando todos los ángulos mil caprichos de paisajes orientales. El edificio solo tiene planta baja, cuyos plafones están sostenidos por una cornisa morisca: en los intervalos del maderámen

perfilado de oro, encajan unos tableros de colores fuertes que completan la decoracion.

La vida era agradable en la Camilla, donde permanecí algun tiempo. Desde las seis de la mañana estaba en mi estudio trabajando hasta las diez. Mr. Leon Roches iba á acompañarme en estas horas de descanso y los dos admirábamos desde la ventana los maravillosos efectos del paisaje. ¡Qué bellas mañanas de primavera; ¡Qué deliciosas tardes de estío! ¡Allah! ¡Allah Kerim! (¡Dios es grande!)

Division administrativa.—Poblacion.—Gobierno.

El reino de Túnez está limitado al Norte y al Este por el Mediterráneo, al Sureste por Trípoli, al Sur



Fiesta del Bairan en la plaza del Kasbah.

por Sahara, al Oeste por Argelia. Su superficie es de unas 6,000 leguas cuadradas y se supone que el número de sus habitantes no pasa de 1.800,000 (1).

El territorio de la Regencia está dividido administrativamente en califatos y en dos partes iguales pocas ó menos, *la del verano y la del invierno*. Llámase así, dice el doctor Franck, porque el bey del campo, título que se da al heredero presunto del poder (2), recorre con un ejército una de estas dos partes en verano y otra en invierno, á fin de cobrar la

(1) Estos cálculos son inciertos. Segun el doctor Franck que escribía hácia 1810, la poblacion, compuesta de moros, turcos, árabes, judíos y berberos era entonces de 3.000,000 de habitantes. Los últimos viajeros tienen por exagerada esta cifra en la actualidad.

(2) No es precisamente el hijo del bey reinante sino el hermano mayor de toda la familia.

garrama. El cuartel de verano comprende la parte que se estiende al Norte y Noroeste de la capita hasta las costas que dependen de la Argelia: toda la otra parte del Mediodía forma el cuartel de invierno.

La raza tunecina es generalmente bella: los hombres son de constitucion enjuta y hay pocos enfermos ó contrahechos entre ellos: una vida sobria y tranquila los preserva de muchos achaques que son comunes en Europa. Las mujeres son hermosas, de tez fresca, de ojos grandes, negros, rasgados, expresivos. Casi todas tienen el cabello negro azulado, que peinan en bellas trenzas, dejándolas flotar sobre los hombros.

La obesidad es en Túnez, como en la mayor parte de los países orientales, una de las condiciones típicas de la belleza mujerial, para lo cual comen, segun se dice, las delgadas, perros tiernos.